

MANIFIESTO FILOSOFICO CONTRA LOS COMETAS DESPOJADOS

A fines del año de 1680 apareció en el cielo de la Nueva España un cometa, de gran tamaño y brillo extraordinario, al decir de sus contemporáneos. Y, como era común y corriente en la época, hubo conmoción general en letrados y en ignorantes, en religiosos y en laicos, en grandes y en pequeños.

El motivo principal no era la aparición misma del cometa —insólita y no regular como la de casi todos—, sino, por una parte, el terror ante los males y desastres que causaría y, por otra, el pronóstico de muertes de príncipes y caída de reinos que aquél significaba. Los astrólogos en especial ya se apresaban a hacer sus predicciones y a señalar doctoral y como sagradamente dónde caería el castigo de Dios o la guadaña de la muerte.

En medio de esta confusión, llena de consejos del vulgo, de ignorancia, de falsos hechos e interpretaciones, de fanatismos, de reverencia ante las palabras de los antiguos, de los sabios o de los santos, se deja oír clara y firmemente la voz de don Carlos de Sigüenza y Góngora, que no resiste una situación tal en la cultura y en su pueblo. Y quiere que su voz se oiga en todas partes, no sólo en los medios eruditos, sino principalmente en las plazas y entre el pueblo: por eso no escribe un tratado, un libro o un comentario, sino un Manifiesto, una especie de carta abierta a todo el mundo, para que todos desechen el error y se sirvan prácticamente de las consecuencias de la verdad.

Su actitud, bien lo sabe, levantará olas de oposición, de crítica de ensañamiento quizá. Teóricamente, la empresa no es fácil, pues ve que se le enfrentan filósofos, poetas, astrólogos y Santos Padres. Pero no le importa quiénes y cuántos sostengan o pretendan sostener doctrinas que apoyen ese temor. Le importaría uno sólo: la Religión Cristiana, que él profesa y venera. Mas, uno de los fines de su Manifiesto es demostrar que ni la Escritura, ni el Dogma favorecen esa posición; y si alguna vez han parecido favorecerla, ha sido según opiniones particulares y erróneas de quienes —así sean Santos Padres— quieren ver en todo el brazo justiciero y vengador de Dios. La actitud cristiana verdadera es admirar y engrandecer las maravillas divinas, y no aterrorizarse ciegamente, o arrogarse el conocimiento de los designios de Dios.

La Filosofía y la Ciencia, y aun el sentido común, tampoco —mucho menos— apoyan la disposición temerosa ante los cometas. Es natural, en efecto, que el hombre se admire y se extrañe: pero la consecuencia no es el temor o la voluntaria ceguera, sino la inquietud, la búsqueda, la explicación y la ciencia. En cualquiera de las opiniones de la Filosofía o hipótesis de la ciencia moderna (de Kepler, por ejemplo), los cometas son fenómenos celestes naturales, que no causan ni anuncian nada de lo malo que se les atribuye y que más bien vienen a producir, físicamente, influjos benignos y propicios para la tierra: en lo cual aun pueden verse cómo reluce la providencia divina.

del imperio que tenían sobre los tímidos

Por Carlos de SIGÜENZA
Y GÓNGORA

Hay aquí, pues, un enfoque netamente científico, diríamos, de la cuestión; se investiga y se explica la materia, el origen, la localización y las influencias físicas reales de los cometas, rechazando toda otra pregunta que provenga de otros campos: la del religioso, porque no le compete este asunto; la del astrológico, porque no tiene ninguna validez.

Sin embargo, todavía no es totalmente moderno: aun nos dice que Dios crea directamente los cometas, por ejemplo, y admite las especulaciones de la Filosofía. Por esto Sigüenza es el primero que en México se encuentra en la encrucijada del mundo antiguo y del mundo moderno, y su Manifiesto el primer grito —conocido— de la modernidad contra la tradición.

BERNABÉ NAVARRO

1. Nada hay que más conmueva los ánimos de los mortales, que las alteraciones del cielo: quizás por la compatía que con éste tienen aquéllos, según Clemente Alejandrino en el *Discurso a las Naciones*: “Está ínsita en los hombres, por naturaleza, una comunidad con el cielo”; o porque, conviniendo sólo a los hombres elevar los ojos a tan suprema hermosura, para distinguirse en esta acción de las bestias —por lo que escribió Silio Itálico en el Lib. 1 *De la Guerra Púnica*:



Sigüenza— “el mundo antiguo y moderno”

“No ves cuán erguidos hacia las estrellas
(hizo Dios
Los rostros de los hombres y cuán
(sublimes modeló sus caras,
Mientras a las bestias y al género de los
(pájaros y los cuerpos de las fieras,
Hizo abatirse, indistintamente, sobre su
(vientre torpe e inmundos”,

es necesario que se alboroten al ver que el objeto nobilísimo de la vista padece mudanza con apariencias extrañas. Y como nunca se termina en sí misma la admiración, supuesto que es en todos incentivo de averiguar la naturaleza de lo que ignoran, no hay quien no solicite saber qué es aquello que lo suspende, para deponer alguna parte de lo no manifiesto con que se espanta: “Si algo se ha alterado o ha aparecido fuera de la costumbre, nos admiramos, preguntamos, explicamos”, dijo Séneca en el Lib. 7 de las *Cuestiones Naturales*, Cap. 1. Y si en nada mejor que en los cometas se verifica lo antecedente, como lo confesarán uniformes cuantos los miran, para qué me canso en preámbulos, cuando el mismo Séneca puede terminarme éste muy a mi intento: “Lo mismo sucede en los cometas: si aparece con forma rara y de insólita figura de fuego, nadie no desea saber qué es y, olvidado de los otros, pregunta acerca del advenedizo”.

2. Todo cuanto aquí he dicho se ha verificado estos días en esta populosísima Ciudad de México y lo mismo habrá sucedido en el resto de la América, y aun en todo el mundo, con ocasión de un cometa que se ha visto desde casi mediado noviembre del año pasado de 1680, cuyas observaciones para deducir su longitud, latitud, distancia a la tierra y paralajes, con todo lo demás que es concerniente a la naturaleza comética, sacaré breve a luz, dándome Dios vida. Discurriré entonces con difusión lo que apuntaré ahora como en compendio; porque pretendo ocurrir a las voces inadvertidas del vulgo, con que me prohija sus veleidades por discursos y juicios míos, siendo así que no es el mío tan corto, que ignore lo que en esta materia debo sentir.

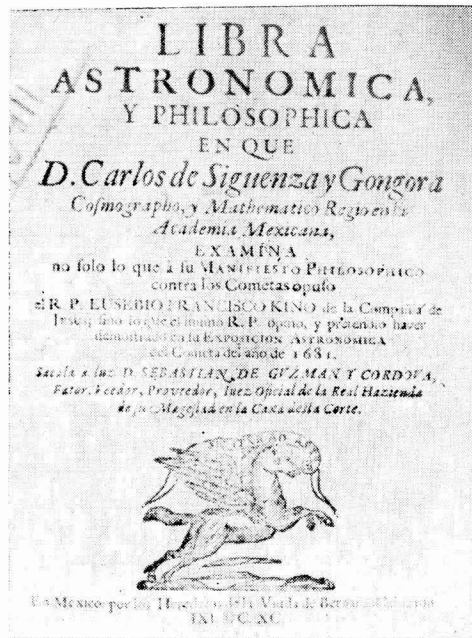
3. Pero antes de proponer lo que pretendo probar, es necesario advertir que nadie hasta ahora ha podido saber con certidumbre física o matemática, de qué y en dónde se engendren los cometas: con que mucho menos podrán pronosticarse; aunque no faltará en el mundo quien quiera persuadir lo contrario, con que se sujetará a la irrisión, que es consiguiente a tan pueril desvarío. Con este presupuesto y con ser los cometas cosa que puede ser no se sujete a lo regular de la naturaleza, por proceder inmediatamente de Dios con creación rigurosa, afirmo desde luego cristianamente el que deben venerarse como obra de tan supremo artífice, sin pasar a investigar lo que significan, que es lo propio que querer averiguarle a Dios sus motivos. Impiedad enorme en los que son sus criaturas; aunque no por eso se han de temer con aquel horror con que los gentiles, ignorantes de la primera causa, se recelaban de las señales del cielo, como ya el mismo Señor lo previno por boca de Jeremías, Cap. 10, Vers. 2: “No tengáis miedo de las señales del cielo, a las que temen las naciones”. Y siendo esto así, como verdaderamente lo es, lo que en este discurso pro-

curaré (sin que por ello se me perjudique mi modo de opinar), será despojar a los cometas del imperio que tienen sobre los corazones tímidos de los hombres, manifestando su ninguna eficacia y quitándoles la máscara para que no nos espanten. Y aunque ya esto fue asunto del antiguo Queremón y del moderno Padre Vincencio Guinisio en la *Alocución Sexta Ginnástica*, sin valerme de los hermosos colores retóricos que éste gasta, iré por diverso camino, que será el que me abre la Filosofía para llegar al término de la verdad.

4. Porque, o son los cometas celestes o sublunares: si sublunares, será su formación la que les atribuyen los peripatéticos con su príncipe Aristóteles, en el Lib. 1 de los *Meteoros*, Cap. 7 y 10, y a quien pretenden ilustrar los Comimbresenses en el *Tratado 3 Sobre los Meteoros*, Cap. 3; Juan Cotunio en la Lec. 31 *Sobre el 1 de los Meteoros*; Claramonsio en el *Anti-Tycho*, Lib. 3, y otros muchos astrólogos y filósofos, cuya opinión es, que el cometa es un meteoro encendido y engendrado de nuevo de una copia grande de exhalaciones, levantadas del mar y de la tierra hasta la suprema región del aire, donde, encendidas por la antiperistasis y ya por medio de ésta con mayor consistencia y condensación, son arrebatadas del primer móvil, cuyo impulso llega hasta allí, al cual se mueve, hasta que aquella materia untuosa, pingüe, crasa, sulfúrea y salitrosa, se va disminuyendo, al paso que el fuego la consume, con que se acaba el cometa. Y si esto es cometa, no sé por qué de él se atemorizan tanto los hombres, cuando no hay noche alguna que dejen de inflamarse y arder otros tantos cometas, cuantas son las estrellas que nos parece que corren y que verdaderamente no son sino exhalaciones de tan poca compacción y cuantidad, que apenas se encienden, cuando al instante se apagan, no distinguiéndose de los cometas sino en lo breve de su duración, supuesto que convienen en todo lo demás, como dijo el mismo Aristóteles en el Cap. 7: "Tal es también la estrella crinita, cual es la estrella errante". Y si estos instantáneos cometas o exhalaciones volantes no son prenuncios de hambres, pestilencias y mortandades, ¿por qué lo han de ser aquellas exhalaciones durables de que se forma el cometa, siendo así que el origen de éste y de aquellas es uno mismo?

5. Si ya no se le antoja a alguno que, así como el cometa difiere de las estrellas volantes en ser más copiosas las exhalaciones que lo componen, de la misma manera, distinguiéndose los príncipes de sus inferiores en la mayoría de su dominio y autoridad, habrán de pronosticar las muertes de éstos los cometas, por ser mayores, y las de la plebe, las estrellas volantes, como cometas pequeños. Pero como quiera que afirmar esto es un gentil desatino, no sé que se le deba otra censura a cuantos aseveraren lo contrario, a que dan tanto asenso los ignorantes.

6. Y en esta misma opinión, no hay prueba más urgente de que los cometas no sólo no causan daño a los cuerpos elementados, sino que antes son pronóstico de fertilidad y salud, que el conocimiento de lo que los causa, que son las exhalaciones gruesas, pingües, nitrosas y sulfúreas, con las cuales ocupada esta primera región del aire, que nos cir-



cunda, y mediante las partículas mordaces, deletéreas, corrosivas y acrimoniosas de que constan, necesariamente habían de esterilizar las tierras, corromper las plantas y alterar los humores, si no se elevasen a la región superior, donde se consumen con la violencia del fuego, que las acaba, quedando entonces libre y purgada de tan malas cualidades esta parte inferior de la atmósfera que habitamos; y por lo consiguiente, con prenuncios de bienes, que pudieran estorbar aquellos vapores y exhalaciones, si no faltasen.

7. Si no se admitieren los cometas sublunares, sino celestes, no hay por qué no milite en esta opinión lo mismo que en la pasada. Porque si se siguiere a Juan Keplero, se forman los cometas de varios humos crasos y pingües que exhalan los cuerpos de las estrellas, los cuales, porque no inficionen la aura etérea, los une la naturaleza a un determinado lugar donde se consumen encendidos con el fuego del sol, que los impele. Y si esto no fuere, serán, en sentir de Wilibroldo Snelio, Ericio Puteano, Juan Camilo Glorioso, Liberto Fromondo y el P. Cysato, exhalaciones del sol, que son de las que se forman las manchas, las cuales, arrojadas más allá de su atmósfera por alguna vehemente ebullición de las que refiere el P. Cristóbal Scheiner en su *Rosa Ursina* y el P. Atanasio Kircher en el *Mundo Subterráneo*, se encienden allí hasta que se resuelven y acaban. Y si tampoco fuere esto, será lo que propone el P. Baltasar Téllez en su *Filosofía*, y es, que de los hálitos y evaporaciones de todas las errantes se hace un conglomerado, que consume el fuego celeste, según los otros autores. Y siendo cualquiera de estas tres causas la que origina el cometa, ¿cómo puede ser éste infausto cuando antes sirve de medio para que, purificada la aura etérea, se derramen más puros sobre la tierra los celestiales influjos?

8. Comprobación ilustre de esta aserción será lo que refieren varias historias, y es, haber sucedido por algunos días no verse el sol, ni otra estrella en el cielo, sin haber nubes que lo impidieran; lo cual no sería por otra cosa, sino por los muchos vapores y hálitos celestes que, ocupando gran parte de la aura etérea, impedirían el tránsito de los solares rayos. Advirtiéndose esto antes que se viera el co-

meta del año de 1652, según lo refiere Kircher en su *Itinerario Extático* y Pedro Gassendo en sus *Comentarios*; y yo me acuerdo, aunque entonces era de solos seis años, el que fue así. Y que de estas evaporaciones se formen los cometas, se prueba invictamente habiendo reconocido que después de acabado el de 1664 y 1665, no se le observaron manchas algunas al sol por muchos meses. Indicio de que en el incendio de unos y otros se consumieron cuantas se extendían por el expanso del cielo. Luego si los cometas, en esta opinión, sirven de que aquél se purifique, ¿cómo pueden significar cosas infaustas, cuando es cierto que a ellos se les debe el que lleguen no viciadas a la tierra las influencias etéreas? Afirme lo contrario sería lo mismo que decir, que una hoguera en que se abrasasen cuantas cosas pudieran ser perniciosas a una ciudad, era fatal pronóstico de su ruina y causa de su perdición y de su estrago.

9. Pero prescindiendo ahora de la probabilidad de una y otra sentencia, en una y otra reluce con singularidad la providencia de Dios: porque, así como fue conveniente que en el globo terráqueo hubiese no sólo plantas y árboles venenosos, sino víboras, sierpes, alacranes, escuerzos, dragones, basiliscos, para que según la combinación de sus cualidades atrajesen a sí con violencia simpática los hálitos, expiraciones y efluvios venenosos y mortíferos de la tierra y cuerpos metálicos, no sólo para que a ellos, según su naturaleza, sirviesen de alimento, sino para que no se difundiesen por el universo, con daño del resto de los vivientes (según doctamente lo discurre el P. Atanasio Kircher, en su *Mundo Subterráneo*); de la misma manera, era necesario que hubiese alguna cosa donde se juntasen y consumiesen los hálitos, vapores, expiraciones y efluvios venenosos que pasaron a la región del aire, o que exhalaban las estrellas allá en el cielo, que son de las que el cometa se forma, para que en él se abrasen y se consuman.

10. Y aunque sean los cometas (como algunos los llaman) monstruos del cielo, no por eso se infiere el que sean por esta razón causadores de las calamidades y muertes que les imputan; como tampoco lo son cuantos monstruos suelen admirarse entre los peces del mar, entre los animales de la tierra y aun en la especie humana (aunque más pretenda lo contrario Cornelio Gemma, en su libro *De los Caracteres divinos de la Naturaleza*): porque si es cosa digna de risa el que un monstruo, aunque nazca en la publicidad de una plaza, sea presagio de acabamiento de reinos y muertes de príncipes y mudanza de Religión, ¿cómo no lo será también el que un cometa lo signifique, cuando en el origen de éste y de aquéllos puede militar una individual razón?

11. No ignoro las autoridades de poetas, astrólogos, filósofos y Santos Padres, que se pueden oponer a lo que tengo afirmado; y digo que no las ignoro, porque no hay quien no repita unas mismas en esta materia, con que no hay quien no las sepa de memoria por repetidas. Omítolas, digo, porque no quiero latines en lo que pretendo vulgar; pero responderé a los primeros que, como poetas, ponderaron la cosa más de lo que debieron, o que hablaron según las opiniones del vulgo. A los segundos no tengo otra

cosa que decirles, sino el que yo también soy astrólogo y que sé muy bien cuál es el pie de que la Astrología cojea y cuáles los fundamentos debilitados sobre que levantaron su fábrica. A los filósofos entiendo que no les haré agravio, si los pongo en el mismo coro que a los poetas. Pero llegando a los Doctores Sagrados y Santos Padres, me es fuerza venerar sus autoridades por los motivos superiores que en sus palabras advierto; aunque no por eso dejaré de decir con toda seguridad, que ninguno pretendió asentarlo por dogma filosófico, sino valerse de estas apariencias como medios proporcionados para compungir los ánimos de los mortales y reducirlos al camino de la verdad. Quien lo dudare lea, entre otros muchos que pudiera citar, a Tertuliano, cap. 3. de la Carta *A Escápula*; a S. Agustín, lib. 2 de *La Ciudad de Dios*, cap. 23; lib. 3, cap. 1; lib. 21, cap. 8.

12. Pero, ¿qué es lo que estas autoridades nos dicen? Dicen que los cometas son causa o por lo menos señal de guerras, esterilidades, hambres, mortandades, pestilencias, mudanzas de Religión, muertes de reyes y cuantas cosas pueden ser horrorosas y terribles en la naturaleza. Pero si no se murieran los príncipes, si no hubiera guerras y mortandades, si no se experimentaran hambres y pestilencias, sino sólo cuando se ven cometas en el cielo, no era despropósito el que a ellos se les atribuyesen estos efectos; pero siendo evidéntísimo en la vicisitud de los sucesos humanos y en la amplitud grande del mundo, el que no se pase año alguno sin que en alguna parte haya hambres, en otras guerras, y que en muchas falten y se mueran muchos potentados, príncipes y reyes, y esto sin que se vea cometa a que atribuirlo: ¿qué engaño es aseverar ser efecto suyo lo que entonces sucedió, porque siempre se ha experimentado lo propio en casi todos los años?

13. Las guerras con que estos pasados se ha horrorizado la Europa; las pestes y hambres que ha llorado España; la rebelión y alzamiento del Nuevo México, y cosas semejantes en otras provincias, de que aún no tenemos noticias, ¿qué cometa las denotó? Ninguno, porque ninguno se ha visto. Luego las que fueron consiguientes tampoco las causará el cometa de ahora, aunque más autoridades se traigan para probarlo.

14. Ni sé yo por qué han de ser infaustos los cometas, cuando no hay daño que no sea compañero de alguna felicidad. Porque si causan peste y mueren muchos, para éstos será desgraciado y felicísimo para los que quedan con vida, pues siendo pocos, heredan lo que era de muchos; si significa guerras y es infeliz para los vencidos, quién duda que será feliz para los victoriosos, y si denotó la muerte de algún príncipe, para éste será lúgubre, pero alegre, fausto y propicio para quien le sucedió en el Estado. Y si en todas las cosas se advierte esta vicisitud, ¿porqué sólo se les han de atribuir los efectos tristes y no los regocijados, cuando milita una razón en unos y otros?

15. Confieso el que sería verdadera la opinión contraria a la mía, si los cometas apareciesen fijos sobre una ciudad o región y allí sólo se experimentasen los efectos más horrorosos que les imputan; pero, siendo sus movimientos tan varios —pues fuera del diurno con que dan vuelta al mundo, cada día varían notablemente sus latitudes y declinaciones, con que sojuzgan gran parte del globo terráqueo—, claro está que si fueran de su naturaleza dañosos, lo habrían de ser para todas las partes donde fueran verticales: luego si no hay quien pueda decir que algún cometa ha sido infausto a todas las tierras que supeditó, infiérese que los malos sucesos que en algunas de estas partes habría, serían de los ordinarios y no causados del cometa, pues no fueron comunes, como lo fue éste en aquellas partes.

16. Instaráme alguno que, si Dios los crea de nuevo, como otros sienten, necesariamente habrá de ser para denotar alguna cosa grande; y aunque la respuesta más inmediata era preguntarle, que de dónde lo infería quien me replicaba, quiero concedérselo por ahora y juntamente preguntarle que ¿a quién le manifiesta Dios sus inescrutables secretos en la creación de un cometa? ¿Por ventura habrá alguno que afirme habérsele revelado que, cuando el cometa fuere oriental, se han de rebelar contra los príncipes sus vasallos, y si occidental, le han de mover la guerra los extranjeros?; y otros semejantes desatinos, por no llamarlos impiedades, que afirman antiguos y modernos astrólogos con tanta aseveración, como si Dios los hubiera llamado

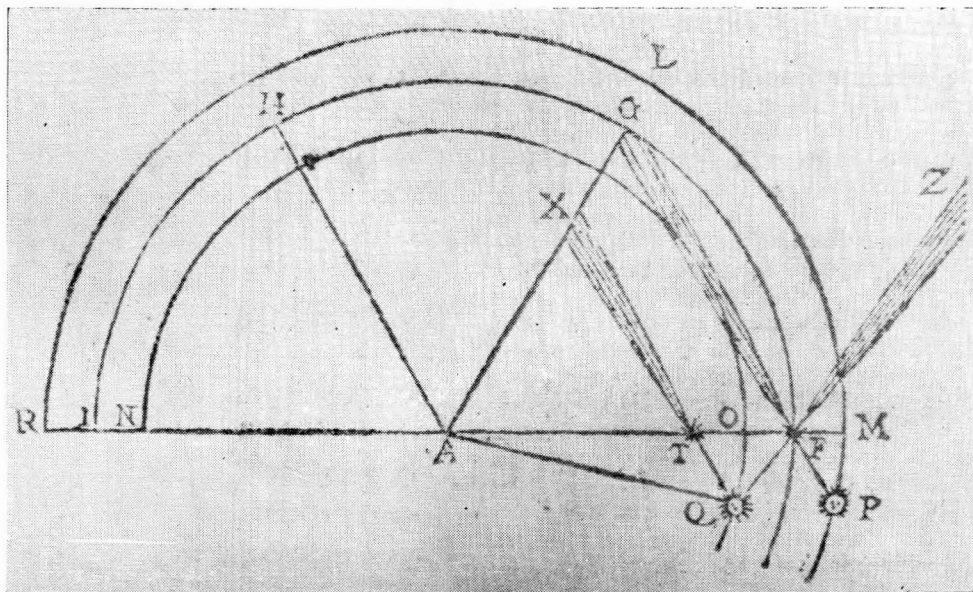


"engrandece las maravillas del mundo"

a consejo para manifestarles su voluntad y motivos.

17. Basta: porque no quiero exceder los límites de compendio, a que estreché este discurso, que promoveré y adelantaré, como tengo dicho, en obra mucho mayor, que, prorrogándome Dios la vida, perficionaré muy en breve. Manifestaré entonces las observaciones exquisitas que he hecho de este cometa, que (sin que en ello me engañe el amor propio) no dudo serán aplaudidas y estimadas de aquellos grandes matemáticos de la Europa, que las entenderán porque las saben hacer: a quienes desde luego aseguro que de esta septentrional América española no tendrán más observaciones que las mías.

18. Pero por no dejar de mencionar algo de este cometa, digo que su formación o apareamiento fue casi entre las estrellas del Cráter y pies del León, pasando de allí a la mano izquierda de la Virgen, cerca de cuya espiga fue la vez primera que yo le vide; desde allí le atravesó el resto del cuerpo y se entró por entre el fiel de las balanzas de Libra, a cortar el brazo derecho de Escorpión, los muslos y la serpiente de Ofiuco; y entrándose en la Vía Láctea cobró tanta pujanza, que la cauda que antes se había observado de solos 10 gr. se extendió a 65, como observé a 30 de diciembre de 1680. Prosiguió por la imagen de Antinoo o Ganimedes, por debajo del Delfín, por el hocico del Equicula o Caballo Menor, por los pechos del Pegaso y de allí a la cabeza de Andrómeda, y se acabará al salir de esta constelación, entre el Triángulo y la cabeza de Medusa. Su movimiento ha sido directo, primero muy veloz, de casi 6 gr., después ha corrido cada día proporcionalmente hasta 4 y al fin andará menos. La cauda siempre ha estado opuesta al sol, como es ordinario, aunque sus extremidades no han sido rectas sino arqueadas en forma de palma. El canto superior se ha observado limpio y no así el inferior, que ha estado como las extremidades de la crin de un caballo: por donde este cometa se denomina Hípeo. De los signos ha andado el de Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis, Aries y acabará en Tauro; y aunque su declinación fue meridional al principio, cortó después la equinoccial al salir de la imagen de Ganimedes y pasó sobre nuestras cabezas el martes 7 de enero de este año de 1681 y su crecimiento fue estando en Capricornio, signo predominante de esta Nueva España.



"un enfoque netamente científico"